

ATIVA

tro país. Y prepararse para el día, quizá no lejano, en que pueda ser llamada por el pueblo a la tremenda responsabilidad del Gobierno.

Previsiblemente, la situación a la que deba llegarse tendrá mucho heredado de la precedente, porque las naciones no dan saltos en el vacío. Ni siquiera cuarenta años de régimen autoritario han logrado eliminar de España los gérmenes de una voluntad democrática (que ahora es más viva y estable que nunca). Por la misma razón, cuarenta años de vida española han producido una serie de cosas que van a pervivir y que deben pervivir. Porque en el inventario actual hay que distinguir lo que son realidades sociológicas —donde más clara ha sido el avance— de las formas meramente políticas, cuya vigencia debe ser siempre funcional, en el sentido de que sirvan eficazmente a las nuevas necesidades.

Nos agrada mucho ver en las próximas decisiones del Gobierno y de la oposición un acercamiento hacia la España real y un alejamiento de sus respectivas Españas oficiales.

MOCRISTIANA

ado—no es incompatible con la identidad democristiana. Por la de la identidad funcional de la propia D. C. A. a la altura del K. Una D. C. que no supiese incorporar una buena parte de los patrimonio exclusivo de partidos liberales o socialdemócratas que esos principios están ya asimilados por las bases populares o democristiano. Y consecuentemente, en dicho partido, tienen un programa común todos aquellos que, procediendo de esas lituralmente marxistas o se empeñan en hacer una religión de su

so exige, sin embargo, proceder por etapas y salvar obstáculos es. A algunos de éstos me referiré en ulteriores colaboraciones.

ENCIA BELICA

Por Julio Manegat

roma, mitad animal irracional somos nosotros, más lo hacen todo natural que, que ordenan el os, como unos mos empeñado s mundos posi-

adadero terror, con desánimo, que la ado año, en todo tino a la fabrica- armas, fue de e dólares. En la tiva se indica que ómico se hubiera a millón de kiló- ns, instalar el fun- ta y cinco millo- pitales, construir e viviendas y mil oscientos mil ha-

ustedes? Esto du- n año. Si sumá- diez años el costo qué no podríamos r la vida de los ir desiertos en eliminar el ham- no, la miseria sin e asistencia hos- os, tal vez, que las iles de encontrar ón, eliminar una elincuencia en el delincuentes hay desesperación? uerte por razones, ca que alzan, de la bandera de la oras para el pue- ado?

Setecientos mil millones de dólares cada año... Todo ese dinero para construir la paz, no la guerra. Para preparar acciones de paz y no, como parece evidente, programar nuevos conflictos bélicos cuyos «ideales» se mueven más a la puerta de los grandes poderes económicos que a la puerta de los corazones de los hombres que empuñan un fusil. No hace muchas semanas escribí acerca de las palabras del alcalde de Milán: «Milán necesita un psiquiatra». El mundo entero necesita un psiquiatra que nos libre del furor, del ansia bélica, del hambre fraticida, de la demencia capaz de destruirnos a todos.

Y el hombre, cada día más cerrado en su propia órbita, se limita a mínimas políticas, a intereses pequeños, a egosmos máximos. ¿Quién gobierna a este hombre demente? ¿Cuántos son los poderosos que tienen en sus manos el destino de la Humanidad entera? Son pocos, muy pocos. Pero son los que mueven el tablero de ajedrez de las naciones, de los pueblos, de las hambres, de las esperanzas, del equilibrio de necesidades suficientes como para mantener la tensión.

¡Pero si ya hemos visto que nuestra Tierra es sólo una bolita de color azulado que forma parte del sistema planetario de una estrella que es como millones y millones de estrellas iguales o mucho mayores en una esquina sin importancia de nuestra galaxia llamada Vía Láctea!

Cuando ahí, en esa bolita azul, se gastan al año setecientos mil millones de dólares en armas para destruir, uno comprende que en verdad el hombre está poseído de una demencia furiosa e incontrolable.

Parece un reflejo de enojo transitorio; así lo queremos ver con calma y buena voluntad. Pero la decisión del presidente Suárez de vetar en la prensa toda información sobre algo tan vagoroso como «la documentación que se eleve al Consejo de ministros», es el más serio traspies del Gobierno en su breve vida. En primer lugar, hay que precisar el objeto de la prohibición. Suponemos que serán los borradores de los diversos proyectos constitucionales elaborados por los ministros.

Ahora bien, el efecto se hubiera conseguido igual exigiendo a los tenedores de esa información más rigor en su custodia, rigor al que teóricamente están obligados como funcionarios.

Pero políticamente el traspies tiene más importancia de lo que parece. En primer lugar, menoscaba la imagen de gobierno que trataba de conectar «en directo»

JORNADA ESPAÑOLA

CHITON

Por Luis Apostua

con la opinión pública, ante la que se sentía muy sensible y muy vinculado. Además, es necesario que el país conozca con pormenor la actitud de los diversos ministros ante el problema en razón de que esos ministros, el día de mañana, van a pedir nuestros votos para sus respectivos partidos. Por consiguiente, conviene que el público sepa quién es el conservador y el liberal para que los conservadores voten a unos y los liberales a otros. Ahora, con la prohibición, se hará un «omnium» indigerible en que no se sabrá quién defiende qué. En suma, un nuevo factor de confusión para el día electoral.

Quizá el Gobierno pueda aún remediar su propio resbalón ofreciendo al ciudadano una informa-

ción coherente y sincera sobre las diversas opciones que debate. Porque el vacío informativo puede matar la reforma en dos semanas.

Don Landelino Lavilla, ministro de Justicia, en su discurso inaugural de la VII Conferencia Internacional del Derecho, dijo que es evidente «la transición de un derecho internacional liberal a un derecho internacional social» como fruto de las nuevas concepciones solidarias en el mundo.

Y el recién nombrado presidente de la Organización de Abogados, don Antonio Rodríguez Sastre, prometió promover una regulación de las relaciones entre las poderosas sociedades multinacionales y los estados. Todo lo que se avance en esto será poco porque, de hecho, las grandes multinacionales acaban adquiriendo tal poder que sus relaciones con los estados son con frecuencia muy difíciles.

ESTADO DE DERECHO

Por José Emilio Estrella Estrella

Un Estado de derecho, real, se apoya para serlo en una filosofía que somete al Estado al imperio de la Ley. Y que considera a la Ley como una manifestación emanada libremente de la voluntad general.

El derecho que informa al Estado en sus relaciones con el ciudadano a todos los niveles debe tener su origen en la sociedad, en la colectividad nacional. Si la Ley es la norma obligatoria que se ordena al bien común, tiene que originarse entonces del voluntario consenso social por las vías peculiares que requiere su cauce de elaboración. Las leyes las sancionan los pueblos. El Estado de derecho se apoya entonces en las ordenaciones legales que la nación elabora y aprueba con expresión de la voluntad general. El sistema de normas jurídicas establece al mismo tiempo el ámbito exquisito de protección y amparo para que la convivencia comunitaria se haga bajo las específicas coordenadas del derecho.

La inmediata y más importante consecuencia es garantizar la independencia del poder judicial que la sociedad necesita para que las libertades puedan ejercerse de modo efectivo, para que los derechos humanos sean respetados, para que las funciones del Estado se hallen bajo el control de la Ley.

Las instituciones públicas se orientan en el derecho, en la Ley, en la ordenación jurídica estricta. Sin libertad no hay democracia. Sin libertades efectivas, la convivencia política carece de propósito.

El gobernante democrático sabe que tiene un mandato limitado y que su opositor tiene cauce y un término para incorporarse a la responsabilidad del poder. También siente la presión fiscalizadora de la sociedad, a través del Parlamento, emanada de la voluntad popular.

Porque, en suma, se trata, entre otras cosas, de evitar el revisionismo y la ruptura en lo fundamental, dejando en cambio abierta la posibilidad del juego político que las circunstancias del país exijan en cada momento.

Soy quien, por encima de todo, siempre ha sido y es, y no quiere dejar de ser, monárquico. Entendiendo la Monarquía como la base de la libertad, que, por su posición arbitral, es la que tiene oportunidad de cumplir lealmente las reclamaciones sociales y representativas dentro de la libertad. Devolviendo la soberanía a la nación, creando un estado democrático, garantizando las libertades esenciales del hombre y estableciendo unas instituciones orientadas en el Derecho.

Nuestra Monarquía, la del pueblo español, puede permitir profundas renovaciones sociales; tan popular que puede lograr que el orden no sea inmovilismo, ni palo, ni reacción.

MORAL Y DEMOCRACIA

Por Adolfo Maílo

El artículo que José Luis L. Aranguren ha publicado hace unos días debe movernos a atenta reflexión. Se titula «Democracia como moral» y merece más de un comentario por parte de quienes tenemos de la política un concepto exigente, bien que no multitudinariamente compartido, de modo especial por sus «profesionales». Concede autoridad a sus afirmaciones el hecho de que quien las formula es profesor de Moral que, además de «explicarla» ha procurado «vivirla» en un tiempo por demás turbulento y accidentado.

Ha de movernos a meditación el aserto de que estamos ante «una desmoralización general del país». Es problema que quienes la lean piensen de modo inmediato en el «destape», de acuerdo con la tradicional reducción española de la moral a los preceptos relacionados con la vida sexual y sus aledaños. La visión de Aranguren es mucho más amplia y ni siquiera roza la esfera del sexo. Afecta a regiones donde la ética pronuncia palabras harto más hondas y decisivas, sobre todo en lo que se relaciona con la vida social, campo en el que se despliega el pensamiento del autor.

¿Qué pruebas aporta de dicha «desmoralización»? La fundamental es la «corrupción», sobre la cual apenas son necesarios nuevos esclarecimientos. Pero él hace particular hincapié en la total delegación de poderes que un pueblo fascinado por una personalidad excepcional, apoyada por una propaganda literalmente «mesianica», ha hecho durante cuarenta años, sumida en un letargo cívico y político que dificultará extraordinariamente su incorporación a las arduas tareas que exige la democracia.

Un pueblo así gobernado pierde necesariamente la moral, no tanto la individual como la pública; menos la moral privada que la moral política, nacional, a pesar del adoctrinamiento proporcionado a las juventudes bajo tal nombre. ¿Quién recuerda hoy aquella «moral del español, que no obliga a quien no lo sea», de la que habló inútilmente Ramiro Ledesma Ramos? Sin embargo, es esa moral la que ha perdido tanto brío que hoy puede considerarse muerta.

No aludo, claro es, a una moral fundada en los débiles o falaces basamentos que sirvieron de justificación tanto a la moral trasnochada y risible de conquista («por el Imperio hacia Dios»), heredera y guardiana de las «esencias» que constituían la «reserva moral de Occidente», ni de su sucesora la encarnada en el «desarrollismo», bajo cuya égida alcanzaríamos todas las venturas, desde las económicas hasta las políticas y culturales, llevados, como en volandas, por los vientos alisios de la elevación del «nivel de vida». Una y otras eran pseudomoraes nacionales.

No hay moral nacional sin un ideal colectivo que haga vibrar de emoción, intelectual y afectiva, las fibras más hondas de los hombres de un país. Y en los tiempos actuales no hay otro campo en el que hincar los ejes de esa moral que no sea el del esfuerzo de todos, en la actividad de todos y en la participación ilusionada de todos en las tareas colectivas. El «plebiscito cotidiano», en el que Renán hacía consistir la esencia de la nación, sólo es dable cuando la ciudadanía deja de ser una mera palabra para convertirse en general exigencia, por ser antes general posibilidad. Y ello sólo puede ocurrir cuando al letargo de la delegación universal del poder popular (en el cual reside la soberanía, según teólogos-juristas del siglo de oro) sucede el despertar de un pueblo consciente de sus destinos y dispuesto a cumplir sus deberes.

Inmensos son los estragos morales que han causado entre nosotros un providencialismo personalista que ha inhibido todo intento de participación y delegación, así como las morales retóricas del imperio, de las «esencias» y del «desarrollo», palabras-sésamo que han contribuido exageradamente a que las masas todavía no trabajadoras por una formación intelectual exigente recaigan en las sombrías y funestas pesadillas anejas a la soñarrera mental del pensamiento mágico.

Y ello en tanto los beneficiarios de la «dedocracia», la «fraternocracia» y la «yemocracia» hacían su agosto convirtiendo en acaecimientos habituales (en esferas nacionales, provinciales o locales) los vicios y las corrupciones en que necesariamente cae el mal uso, el abuso o el excesivo uso del poder, tres formas distintas y una sola realidad verdadera: la corrupción desmoralizadora, que hace vacilar las conciencias débiles al admitir que la conducta recta es camino que no lleva a ninguna parte.

Nadie podrá negar los éxitos del régimen en el plano material. Pero hay un subsuelo psicológico que debe servir de registro predilecto para evaluar la labor de una política. Y en este plano es indudable que cuarenta años de atonía cívica y política han originado una perjudicial involución, que se suma, en las honduras del subconsciente colectivo, a las tremendas reincidencias en fases anacrónicas de la ética política padecidas por nuestro pueblo a lo largo del siglo XIX, cuando los demás países, tras haber experimentado las transformaciones del Renacimiento y la revolución (que nos fueron evitadas, por desventura), ponían proa hacia la industrialización y hacia las estructuras institucionales y mentales del Estado de derecha fundamentado en una democracia real.

¿Podremos, después de los acontecimientos recientes, superar tanto retraso y tomar a tiempo el tren de la Historia? ¿No será indispensable, para conseguirlo, llevar a cabo esa «revolución pendiente» que parece inalcanzable, si pensamos en los siglos que llevamos esperándola? Nada menos corresponde a los designios de una democracia digna de tal nombre.